

¿Quién narra el *Quijote*?

Hernán Lara Zavala

a la memoria de R. H. Moreno-Durán

ESTA ES UNA PREGUNTA FRECUENTE entre los aficionados a la excelsa novela de Cervantes y no dejan de extrañarme las opiniones que he escuchado aquí y allá, sobre todo durante este año conmemorativo que parece haber hecho jauja entre los propios y extraños que se lanzaron a escribir cuanto se les ocurrió sobre el *Quijote*. Sin embargo, la respuesta a esta pregunta, en apariencia elemental, no resulta tan obvia aunque tal vez así le haya parecido a más de uno. Cuando leemos la primera frase tan de todos conocida: “En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero...” de inmediato surge la duda: ¿quién escribe estas palabras, quién es el narrador o “yo poético” de la novela? Mario Vargas Llosa afirma que se trata “de un narrador anónimo, que habla a veces en primera persona pero más frecuentemente desde la tercera de los narradores omniscientes”. No comparto esta opinión y no tengo ningún reparo en afirmar que el narrador que abre la historia de las aventuras de don Alonso Quijada o Quijano no es otro que el propio Miguel de Cervantes Saavedra. La clave para probar esto, más que la utilización de la primera persona asumida por el narrador —que siempre se ejerce de manera un tanto engañosa y que bien podría formar parte de una mera convención novelística— es su negativa a mencionar el lugar preciso donde vivía el hidalgo caballero. El narrador bien pudo haber escrito “no puedo acordarme” o, en caso de haber adoptado una omnisciencia editorial, “del que nadie se acuerda”. Este detalle en apariencia insignificante implica la idea de que Cervantes conocía perfectamente el lugar de la región de la Mancha donde se enteró, oyó o conoció

al personaje sobre el que se iba a inspirar como modelo para elaborar su historia. El hecho es que se negó a revelárselo a sus lectores, bien para evitar que identificaran al personaje o bien para que no se pudiera ubicar el lugar preciso en donde surgió su idea, como se verá más adelante. Tal vez por ello los primeros capítulos del *Quijote* dan la impresión de que Cervantes mismo no acababa de definir bien a bien su estrategia narrativa en tanto que su concepción original era sobre todo la de enarbolar una diatriba en contra de las novelas de caballería, aunque también queda claro que ya desde ese primer capítulo se encuentran presentes la mayor parte de las ideas básicas a partir de las cuales Cervantes iba a desarrollar su novela. Es decir, existía en Cervantes una concepción general de su trama y de sus personajes pero será sobre la marcha de la escritura que el novelista moldeará a su héroe, su entorno, sus caracteres secundarios, Dulcinea incluida entre ellos, y sobre todo su estrategia narrativa que, con gran intuición, cambiará al ritmo de los acontecimientos.

A medida que la historia avanza Cervantes adopta, efectivamente, una voz más omnisciente (“Hechas pues estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento...”, cap. II) y nos narra la primera salida de Don Quijote, de mañana, solo y alborozado, cabalgando sobre Rocinante, cuando de repente le surge la idea de que tendría que haber un “sabio” que se encargara de escribir sus hazañas: “Oh, tú, sabio encantador, quien quiera que seas, a quien ha de tocar ser el cronista de esta peregrina historia. Ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras”.

Es también en este segundo capítulo donde Cervantes se servirá de otro recurso que en cierto modo lo empieza a alejar

de su papel de narrador inicial de la novela y que lo lleva a mencionar por adelantado algunos episodios que el lector no conoce aún y que encontrará a medida que avance en su lectura así como a plantear la siguiente digresión: “Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fue la de Puerto Lápice; otros dicen que la de los molinos de viento; pero yo he podido averiguar en este caso y lo que he hallado escrito en los anales de La Mancha, es que anduvo todo el día, y al anochecer, su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre”. Aquí vale la pena hacer notar la utilización del pronombre “yo”, exactamente el mismo que da inicio a la novela y la traslación que hace el autor para irse deslindando y desentenderse de la autoría única proporcionándole así un sustento histórico a las aventuras de su caballero andante, recurso hartamente utilizado por otros autores de la época con objeto de conferirle verosimilitud a su novela. No obstante, aquí el narrador alude a “los anales” sin referirse a un autor específico.

Entre el capítulo II y el capítulo VI ocurren varios episodios importantes que contribuyen tanto a la caracterización del personaje principal como a la configuración del tipo de locura que aqueja al caballero andante: el de la venta que Don Quijote confunde con castillo, la vela de armas con las consiguientes bromas del ventero socarrón y también un poco zafado, las burlas de las ramerías que Don Quijote confunde con damas; la ceremonia de cómo lo arman caballero, la aventura del pastorcillo Andrés y su malhadado final, su fe irredenta en Dulcinea y su desencuentro con los mercaderes toledanos que lo muelen a golpes y lo dejan tirado y maltrecho en pleno campo de Montiel sin que él se pueda poner en pie hasta que pasa por ahí don Pedro Alonso, su vecino, y devuelve a Don Quijote, apaleado y en pleno desvarío, montado en un asno a casa donde ya lo aguardan, preocupados por los tres días de ausencia, el ama, su sobrina, el cura y el barbero.

A esta primera salida sigue el escrutinio que hacen el cura y el barbero de la biblioteca de Don Quijote y que Cervantes aprovecha para hablar de sí mismo a manera de guiño al lector cuando al descubrir *La Galatea* pone en boca del cura las siguientes palabras: “Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos”.

El capítulo VII resulta definitivo pues le sirve a Cervantes para introducir al otro personaje consustancial a la novela y que formará la exacta mitad, contraparte y complemento de Don Quijote: Sancho Panza, así como a su asno, detalle que no acaba de convencer al caballero andante ya que en su mente atiborrada de historias de caballería no recuerda haber topado en sus múltiples y recurrentes referencias con algún escudero que haya acompañado a su amo cabalgando en burro. Sin embargo, con la inclusión de Sancho y de su jumento en el cuerpo de la novela, Cervantes inaugura a la pareja cómica perfecta, en donde uno y otro se constituyen en ser y complemento de sus respectivas personalidades: uno flaco y largo, el otro bajo y rollizo; uno idealista y tocado por una misteriosa locura, el otro con los pies bien puestos en la tierra aunque de cándida ingenuidad; uno solemne y



culto, el otro gracioso y rústico; uno montado en un rocín famélico, el otro en un humilde asno; uno serio y el otro chusco, con lo cual inauguraría el elemento arquetípico de todas las parejas cómicas.

Son estos siete capítulos iniciales los que le sirvieron a Cervantes para sentar las mientes de lo que serían los elementos primordiales de su *Quijote*: el trasnochado caballero andante, delgado y loco a fuerza de leer novelas de caballería, “desfacedor de agravios y sinrazones”, su corpulento escudero simpático, dicharachero e ignorante que se deja convencer con la promesa de una ínsula, el famélico Rocinante, el humilde pollino, Dulcinea del Toboso, la dama idealizada e inalcanzable del caballero y los amplios y polvosos campos de La Mancha y de Castilla.

Por todo eso resulta tan importante el capítulo VIII, cuando Don Quijote, ya acompañado de Sancho como testigo presencial de sus “espantables” aventuras, se enfrenta a los molinos de viento, escena que fungirá como imagen imprecadera de lo que se ha dado en llamar el quijotismo: de la locura y distorsión de las apariencias, de los ideales imprácticos del personaje, de su veneración por Dulcinea, de su anhelo por imponer el bien sobre la tierra, de su desprecio por todo lo material así como de su fe irredenta en el honor y la justicia. Pero es precisamente en ese capítulo donde Cervantes parece haber tomado conciencia de la complejidad y de la importancia de su obra y cuando decide que él no puede seguir fungiendo como el único narrador de su historia. Así, luego de que el sabio Frestón le jugara la mala pasada a Don Quijote al confundir molinos de viento con gigantes, emprende su camino rumbo a Puerto Lápice donde espera “meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras”. No tarda mucho Don Quijote en divisar por el camino a dos frailes de la orden de san Benito adelante de un carro que él imagina pertenece a dos encantadores que llevan hurtada a alguna princesa. Como contraparte a la escena de los molinos de la que sale tan mal librado, Don Quijote derriba a uno de los frailes mientras el otro sale huyendo, lo cual le lleva a pedirle a la dama liberada que vuelva al Toboso a presentarse ante Dulcinea. Sólo que la señora trae como escudero a un vizcaíno con el que Don Quijote se hace de palabras y con el cual se traba en un combate mortal.

Es entonces que Cervantes se sirve de otro recurso espectacular y un tanto folletinesco, ya que cuando el vizcaíno y Don Quijote se encuentran enfrascados en fiera lucha, con las espadas levantadas y a punto de asestarse un golpe letal y nosotros, como lectores, quedamos en trance a la expectativa del desenlace, el narrador decide suspender

la acción con el argumento de que el autor (él mismo) no “halló más escrito destas hazañas” y entonces hace el siguiente comentario:

Bien es verdad que *el segundo autor desta obra* no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada a las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de La Mancha, que tuviesen en sus archivos o en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen; y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual siéndole el cielo favorable, le halló de este modo que contará en la segunda parte.

Nótese que Cervantes aprovecha la situación para definirse a sí mismo como “el segundo autor de esta obra”, cediendo así la autoría principal de la novela a otro escritor, hasta el momento desconocido tanto para él como para nosotros lectores. Así Cervantes nos deja en ascuas tanto sobre el vencedor de la lucha entre Don Quijote y el vizcaíno como especulando a quién podrá referirse Cervantes como el verdadero autor de semejante historia.

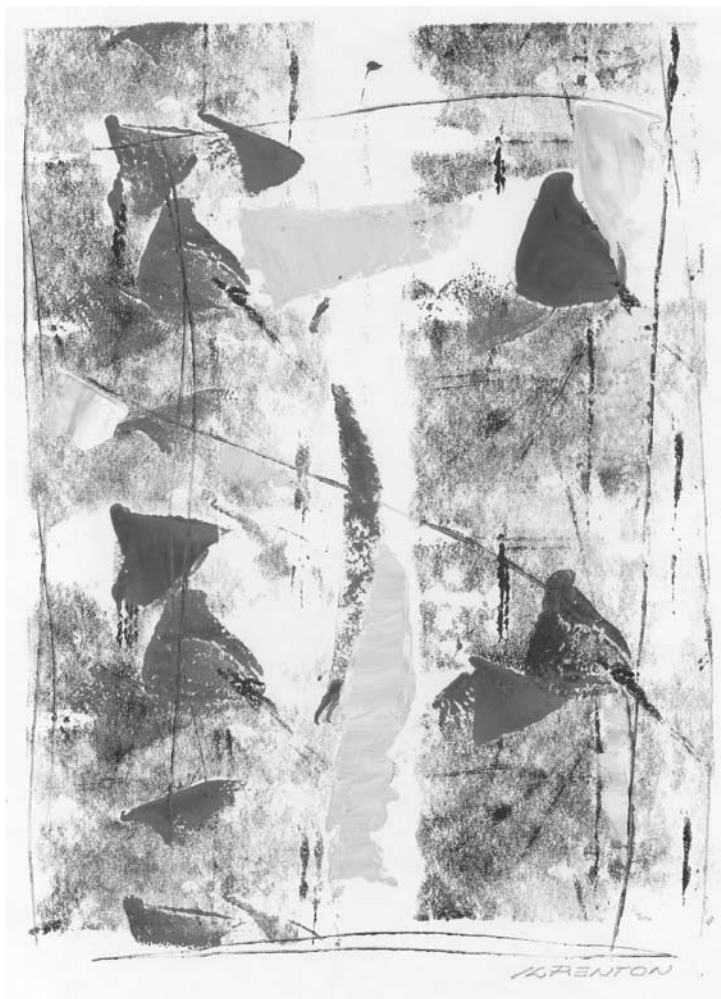
El capítulo IX es extraño, fascinante y diría que milagroso, pues comprueba de manera inigualable el fenómeno de creación interna en la mente del autor a medida que va fraguando su historia. La aportación de este capítulo consiste de una amplia digresión en voz de aquel narrador que iniciara con tanto brío su brillante historia (“En un lugar de la Mancha...”) en la que nos explica cómo encontró el manuscrito original de Don Quijote. Pero no debemos olvidar que ya en el capítulo II Cervantes había mencionado que Don Quijote mismo en sus desvaríos había acariciado la idea de que algún famoso sabio se encargaría de relatar sus aventuras. Pues bien, ahora Cervantes retoma esa alusión y la usa en su propio beneficio al comentar: “Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre que a tan buen caballero le hubiese faltado algún sabio que tomara a cargo el escribir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó a ninguno de los caballeros andantes...” Y luego, adoptando el tono de confidencia y reasumiendo la voz autobiográfica del primer narrador Cervantes nos confía:

Estando un día en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sendero; y como yo soy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado de esta mi natural inclinación, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía y víle con caracteres que conocí ser arábigos... y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor más antigua lengua, la hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que, diciéndole mi deseo y poniéndole el

libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él, se comenzó a reír. Preguntéle yo de qué se reía, y respondiome que de una cosa que tenía aquel libro escrita en el margen por anotación. Díjele que me la dijese, y él sin dejar la risa dijo:

—Está, como he dicho, aquí en el margen escrito esto: “Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha”.

Cuando yo oí decir “Dulcinea del Toboso” quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenían la historia de don Quijote. Con esta imaginación, le di prisa que leyese el principio y haciéndolo ansí, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decía: *Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo*.



Surge así la feliz revelación de adjudicarle a Cide Hamete Benengeli la paternidad de la obra que iniciara narrando el mismísimo Cervantes, convirtiendo así su novela en una suerte de palimpsesto. El paso del capítulo VIII al IX de la Primera Parte le permitió a nuestro autor inventar a otro narrador ficticio que le servirá indistintamente, tanto en el plano de la ficción como en el de su estrategia narrativa. Con Cide Hamete Cervantes dio con el “sabio encantador” al que

aludió en el capítulo I y quien, a partir de ahí, se encargará de elaborar la crónica de nuestro caballero creando así “una solemne autoridad que diera fe de la historia que iba a narrar”, como bien lo ha apuntado Anthony Close, además de proporcionarle a la novela una verosimilitud añadida pues supone una recuperación del texto más que una creación. Cide Hamete fungirá a partir de entonces como *alter ego* para que Cervantes pueda gozar de una más amplia libertad en la utilización del discurso irónico paródico que priva a lo largo del *Quijote*, igual que para otorgarle cierta distancia en relación con los personajes y situaciones ya de por sí un tanto hiperbólicos. Con la incorporación de este recurso en el capítulo IX Cervantes hace una suerte de reconsideración de lo que lleva escrito hasta entonces y el primer narrador pasa a un segundo plano para convertirse en un mero transcriptor, corrector y comentarista de la obra del autor árabe, ya que el traductor no será otro que el morisco que le interpreta lo que está escrito al margen del cartapacio y al que Cervantes le encomienda la tarea de traducir: “Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad; pero yo, por facilitar más el negocio y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje a mi casa, donde en poco más de mes y medio la tradujo toda, del mismo modo que aquí se refiere”.

El nombre de este “sabio encantador” tiene los visos humorísticos de los otros grandes sabios, gigantes y chocarreros mencionados en la novela (Caraculíambro, Frestón, Malandrino... etc.) pues a Cide Hamete Benengeli Sancho lo llama, un tanto simplonamente, Cide Hamete Berenjena en el capítulo II de la Segunda Parte. La crítica ha interpretado el nombre con el que Cervantes bautizó a su “historiador arábigo” como una suerte de seudónimo o *alter ego* de él mismo en tanto que Cide corresponde a “señor” en árabe, Hamete es la castellanización de Hamin y se ha dicho que Benengeli significa cervatillo, de algún modo alusivo al propio apellido de Cervantes.

Aunque este recurso surge, como se ha visto, a imitación de lo que ocurre en las novelas de caballería, la invención de Benengeli constituye una extraordinaria herramienta que, en manos de Cervantes, servirá para crear el efecto de polifonía y como marco de referencia a los múltiples narradores que desfilarán por las páginas del *Quijote*, lo cual nos llevará a admirar su diseño y concepción convirtiéndola en la más audaz y ambiciosa de todas las novelas.

Pero la utilización de Cide Hamete Benengeli debe tomarse con ciertas reservas y sobre todo como un recurso

de carácter eminentemente lúdico por parte de Cervantes y por lo mismo tampoco debe asumirse con demasiada seriedad ni analizarse con demasiado rigor. De hecho en el capítulo IX se pone de manifiesto la autoría de Cide Hamete, el “segundo narrador”, o sea el propio Cervantes, critica la versión que él lee en el cartapacio traducido por el morisco diciendo que hay ciertas incongruencias como la de llamar a Sancho, Sancho Zancas en lugar de Sancho Panza. Y aquí Cervantes hace una curiosa observación que tiene que ver sobre todo con su teoría de la novela al afirmar que: “Otras algunas menudencias había que advertir [en el manuscrito] y que no hacen caso a la verdadera relación de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera”. Es decir, a ojos del lector, Cide Hamete representa a un historiador que a un creador. Cervantes le atribuye estas pequeñas fallas a la nacionalidad árabe de su autor pues comenta:

Si a ésta se puede poner alguna objeción cerca de su verdad no podrá ser otra sino haber sido su autor árabe, siendo muy propio de aquella nación ser mentirosos, aunque, por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado. Y así me parece a mí, pues cuando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industrias las pasa en silencio: cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores, puntuales, verdaderos y no nada apasionados...

Sin embargo, páginas más adelante (I, XVI) Cervantes vuelve a invocar a Cide Hamete en relación al tema de la verdad pero ahora dice sobre él:

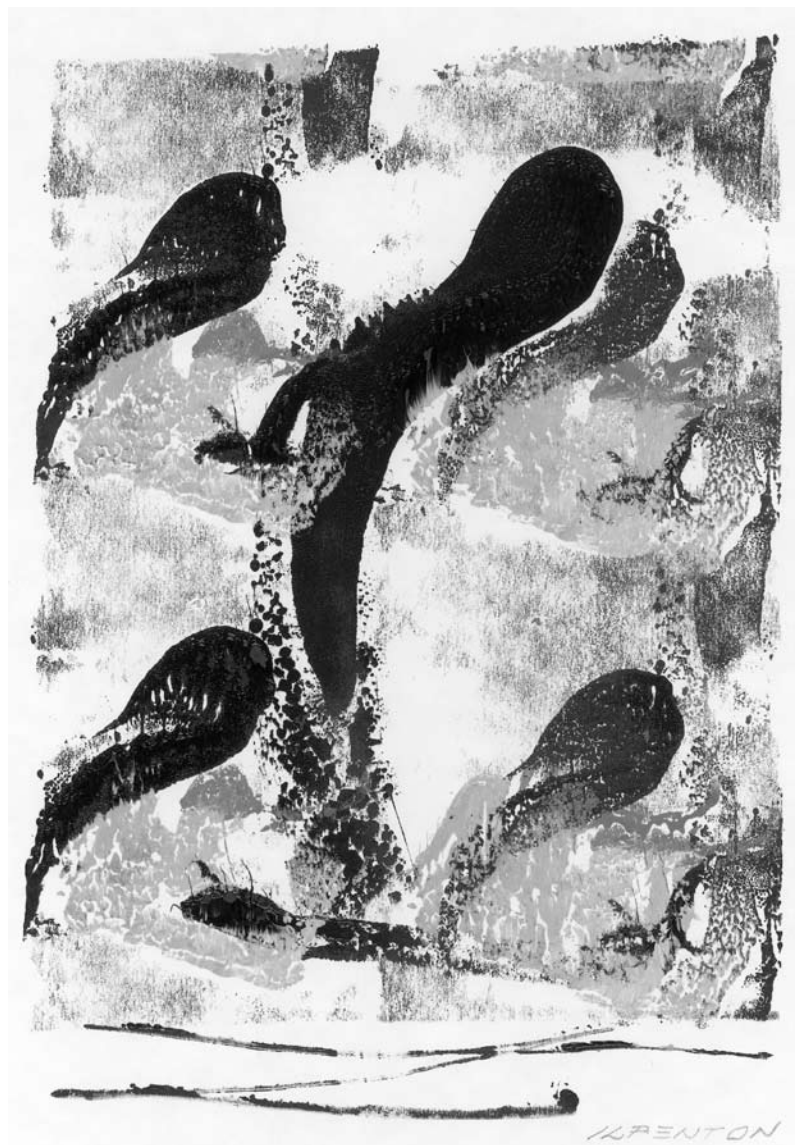
Fuera de que Cide Hamete Benengeli fue historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas, y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio; de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves, que nos cuentan las acciones tan cortas y sucintamente, que apenas nos llegan a los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia o ignorancia, lo más sustancial de la obra,

lo cual contradice la opinión externada por él anteriormente en el sentido de que de Cide Hamete era historiador mentiroso y poco exacto.

Sin duda Cervantes estaba jugando con su propia creación así como con los prejuicios de la época al poner en duda quién podría resultar más fidedigno a la “verdadera” historia de Don Quijote,

el primer o el segundo narrador, es decir, el propio Cervantes o Cide Hamete Benengeli. Por lo mismo no es gratuito pensar que Borges se haya inspirado en la discusión en la que entra Cervantes en el capítulo IX de la Primera Parte para concebir su cuento “Pierre Menard autor del Quijote”, pues de ahí saca precisamente el fragmento que se cita en el cuento de volver a escribir el *Quijote* sin necesidad de copiarlo: “la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir”. Sea como fuere el caso es que Cide Hamete representa, en términos novelísticos, una manera de establecer un diálogo entre el primer y segundo narrador con la intención absolutamente paródica y lúdica de divertir al lector.

El capítulo XV inicia al igual que el XXII, hacen referencia al sabio Cide Hamete Benengeli: “Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor árabe y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce, e imaginada historia...”. Sin embargo, a partir del capítulo XXVII, cuando Cardenio culmina



la tercera parte de su desdichada y amorosa historia (“en este punto dio fin a la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli”), Cervantes parece olvidarse durante un buen tramo de su narrador arábigo hasta el punto de que prácticamente no vuelve a mencionarlo durante la Primera Parte. A pesar de ello con la inclusión de Cide Hamete en la órbita de su novela Cervantes adquiere una mayor seguridad narrativa que le permitirá contar efectivamente su historia desde una especie de omnisciencia editorial pero salpicado de un extraordinario tono paródico: “Felicísimos y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero don Quijote de la Mancha...” El autor irá jugando así con los otros narradores de los cuentos y episodios que aparecerán en la novela y de ahí lo que algunos críticos han llamado el juego de cajas chinas del *Quijote*. Este es sobre todo el caso de las novelas intercaladas que contarán con voz independiente los diversos protagonistas cuyas peripecias de carácter amoroso pueblan, a manera de contrapunto, la historia de nuestro hidalgo caballero.

La primera novela intercalada aparece luego de la tranquila y arcádica escena en la que Don Quijote y Sancho, después de compartir sosegadamente y a cielo descubierto el pan, el queso, el tasajo y el vino con un grupo de cabreros, y de que Don Quijote pronunciara, por asociación al coger un puñado de doradas bellotas, su discurso sobre la edad de oro, da pie a que, como parte de la sobremesa, uno de los cabreros de nombre Pedro, le relate a su vez a Don Quijote la historia de Marcela y Grisóstomo, a través del siguiente diálogo:

—¿Sabéis lo que pasa en el lugar, compañeros?...

—Pues sabed —prosiguió el mozo— que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante llamado Grisóstomo y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moza de Marcela... aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales.

Y es personalmente Don Quijote quien le pide al cabrero Pedro que le cuente la historia y así Cervantes cede la voz narrativa a este personaje menor que empieza a contar su anécdota bajo las continuas interrupciones, acotaciones y correcciones del culto caballero andante hasta que finalmente se convence de que Pedro continúe con su historia: “...Y proseguid adelante; que el cuento es muy bueno, y vos Pedro, le contáis con muy buena gracia”.

Mario Vargas Llosa ha comentado que “en los cuentos e historias intercalados el lenguaje es mucho más engolado y retórico que en la trama central en la que el Quijote [*sic*], Sancho, el cura, el barbero y demás aldeanos hablan de una

manera más natural y sencilla”. No comparto esta opinión pues para mí prácticamente en todos los casos de las novelas en el *Quijote* son los propios personajes, como en este primera historia del cabrero Pedro, quienes dan fe y relatan las cuitas amorosas de otros personajes para asombro e interés del propio Don Quijote. Así el cabrero Pedro narra la primera parte de la historia de Marcela y Grisóstomo al punto de que el propio Don Quijote que empezó interrumpiendo y corrigiéndolo termina felicitándolo: “y agradézcoos el gusto que me habéis dado con la narración de tan sabroso cuento”. La segunda parte de esta historia será contada en propia voz de la pastora Marcela, que enarbolará su magnífica defensa de mujer libre y soltera con un lenguaje hasta cierto punto culto pero nunca engolado:

—No vengo ¡oh Ambrosio!, a ninguna cosa de las que has dicho —respondió Marcela— sino a volver por mí misma, y dar a entender cuán fuera de razón van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan.

Y este discurso está tan bien articulado y resulta tan convincente en cuanto a la defensa de la independencia emocional de la mujer que se gana el apoyo del mismísimo Don Quijote quien al terminar de oír sus argumentos amenaza: “Ninguna persona, de cualquier estado o condición que sea se atreva a seguir a la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignación mía”.

Lo que ocurre es que cada una de las otras cinco novelas intercaladas de la Primera Parte ostenta diversos narradores, algunos de los cuales, como es el caso de la historia de Lusinda y Cardenio y Fernando y Dorotea, son personajes que se integran naturalmente a la trama y se mezclan con las propias aventuras de Don Quijote y Sancho; sin embargo, hay otras obras intercaladas y muy particularmente la del cuento de “El curioso impertinente” o la “Historia del cautivo”, que son totalmente autónomas e independientes de la trama principal. De hecho “El curioso impertinente” se presenta como una novela dentro de la novela escrita a mano en ocho pliegos y de autor desconocido que el cura lee frente al ventero, Cardenio, Dorotea y demás cuadrilla de Don Quijote dentro de la novela del *Quijote*. La novela se sitúa en Florencia y está narrada a la usanza más clásica de la omnisciencia editorial y allí sí efectivamente, como señala Vargas Llosa, los diálogos resultan un poco artificiosos, discursivos y hasta engolados,

La “Historia del cautivo”, por otro lado, está narrada a partir de la voz de un personaje que llega a la venta con un

traje que mostraba “ser cristiano recién venido de tierra de moros”, que se entrevista con Don Quijote y que resulta una suerte de “doble novelado” del propio Cervantes que, como bien se sabe, estuvo cautivo en Argel durante cerca de cinco años y cuya experiencia noveló en esta historia de marras medida un poco a la fuerza, pero que no por ello deja de resultar sumamente interesante. Y aunque el personaje se integra a la trama del *Quijote* el suceso que relata ocurre en un pasado próximo a manera de explicación de su presencia en España al lado de Zoraida, su esposa mora. El capitán narra su propia historia en primera persona frente al cura, Fernando, Zoraida, la ventera, su hija, Maritornes, Don Quijote y Sancho, de manera muy parecida a como se inicia el *Quijote*: “En un lugar de las Montañas de León tuvo principio mi linaje...”. La historia está llena de peripecias un tanto fantasiosas y la crítica ha señalado que seguramente esta *novella* la escribió Cervantes cerca de 1589, previamente al *Quijote*, para luego incorporarla a manera de historia intercalada y un tanto independiente del resto de la obra.

“Cuenta Cide Hamete Benengeli en la segunda parte desta historia y tercera salida de don Quijote, que el cura y el barbero...”, con estas palabras inicia Cervantes la Segunda Parte de su novela en la que las historias intercaladas están más orgánicamente tratadas e intentan reflejar, de manera más armónica que en la primera, el concepto de “unidad en la variedad”, particularmente en el tema que ocupa a la mayor parte de ellas que son “las cuestiones de amor” y que permiten que Cervantes reflexione sobre este tópico desde diversas perspectivas. Sin embargo, la aportación narrativa más importante de la Segunda Parte la constituye el hecho de que Don Quijote y Sancho, al igual que buena parte de los personajes con los que se topará a lo largo de la novela, están enterados ya de que sus aventuras han sido escritas y publicadas por el tal Cide Hamete Benengeli: anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco... [y] me dijo que andaba ya en libros de historia de vuesa merced, con el nombre de *El ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*; y dice que me mientan a mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y a la señora Dulcinea del Toboso, con otras que pasamos nosotros a solas, que me hice cruces de espantado de cómo las pudo saber el historiador que las escribió, dice Sancho en el capítulo III a lo cual contesta Don Quijote: “Yo te aseguro Sancho que debe ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia; que a los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir”. De acuerdo con Sansón Carrasco cuando inicia la Segunda Parte se habían impreso “más de doce mil libros de la tal historia; si no dígalos Portugal, Barcelona y

Valencia”, afirma. Y es precisamente este recurso el que le permitirá a Cervantes elaborar las nuevas aventuras de sus héroes que ahora son fácilmente identificables y susceptibles de burlas y bromas pues sus múltiples hazañas han logrado ver la luz de la imprenta, además de permitirle defender algunas supuestas fallas del primer tomo como la inserción de “El curioso impertinente”, involucrando hasta al mismo Don Quijote a dar su opinión en torno a la novela: “Ahora digo –dijo don Quijote– que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino un ignorante hablador que a tienta y sin algún discurso se puso a escribirla, salga lo que saliera...”

Cervantes seguramente iba ya muy avanzado en la escritura de su lúdica y paródica Segunda Parte cuando le ocurrió algo insólito que sin duda cambió y moldeó el curso y la estrategia narrativa. En 1614 apareció en Tarragona un libro con el título de *El ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha* firmado por un tal Alonso Fernández de Avellaneda que se anunciaba como la “Quinta parte del ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha y de su andantesca caballería”. Grande debe haber sido la sorpresa y el desconcierto de Cervantes al leer la siguiente frase:

El sabio Alisolan, historiador no menos moderno que verdadero, dize que, siendo expelidos los moros agarenos de Aragon, de cuya nacion él decendía, entre ciertos anales de historias halló escrita en arábigo la tercera salida que hizo del lugar del Argamesilia el invicto hidalgo don Quixote de la Mancha, para ir á unas justas que se hazían en la insigne ciudad de Caragoca y dize de esta manera.

Efectivamente se trataba de la publicación de lo que se ha dado por llamar el *Quijote apócrifo*. Es difícil imaginar la reacción de Cervantes ante esta obra. Primero debe haber sentido una gran confusión: “¿Quién sería el hijo de tal que se había atrevido a robarme mi historia?” Después vendría la ira: “Voto a tal que no me llega a los talones ni en estilo ni imaginación”. Luego tal vez algo de vanidad: “Y pensar que mi novela me ha creado ya imitadores”. Y finalmente prisa, decisión, angustia y desesperación: “Tengo que acabar mi novela pues mi salud no es tan buena y no puedo dejarla inconclusa y mucho menos con un final tan malo como el de Avellaneda que manda a mi héroe a un manicomio”. La carta que le escribe Sancho Panza a su esposa Teresa en el capítulo xxxvi, fechada el 20 de julio de 1614, da indicios de que Cervantes iba apenas a la mitad de la Segunda Parte cuando apareció el *Quijote* apócrifo. Así que el tiempo apremiaba y Cervantes tendría que tomar al toro por los cuernos. La primera alusión explícita que hace Cervantes a Avellaneda ocurre en el capítulo LIX y refleja su talento para

servirse del *Quijote* apócrifo y usarlo en su propio beneficio. Don Quijote y Sancho están a punto de cenar en la venta cuando de pronto escuchan que en la habitación contigua dos caballeros discuten la Segunda Parte del *Quijote* refiriéndose al hecho de que, en la versión de Avellaneda, Don Quijote se “desenamora” de Dulcinea. Este comentario provoca de inmediato la ira de Don Quijote que, airado, exclama: “Quienquiera que dijere que don Quijote de la Mancha ha olvidado, ni puede olvidar, a Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad”. Excelente recurso no sólo para negar la autenticidad del *Quijote apócrifo* sino para entrar en un juego de metaficción en donde el mundo imaginario y el real se unen de manera tan espontánea que el propio Don Quijote será el encargado de hacer la crítica de Avellaneda:

En este poco que he visto he hallado tres cosas en este autor dignas de reprehensión. La primera es algunas palabras que he leído en el prólogo; la otra, es que el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos; y la tercera, que más le confirma por ignorante, es que yerra y se desvía de la verdad en lo más principal de la historia...

La invención de Cide Hamete y la continua discusión que el personaje propicia entre la realidad y la fantasía, así como entre la verdad de la historia y la verdad de la literatura, o mejor aún, sobre la pertinencia del elemento de verosimilitud que debe privar en cualquier obra de ficción es muy claro en Cervantes: “que las historias fingidas tanto tienen de bueno y de deleitables cuanto se llegan a la verdad y semejanza della, y las verdades tanto son mejores cuanto son más verdaderas” (II, LXII). Por consiguiente a Cervantes se le planteó un enorme reto a partir del momento en que tuvo en sus manos el *Quijote* de Avellaneda en tanto que él se hallaba apenas a medio camino de su Segunda Parte. De algún modo la aparición de este libro lo forzó a buscar una salida digna y a la altura de su ingenio para ridiculizar y superar, a la manera como había urdido a Cide Hamete al fingir que encontraba un cartapacio en el Alcaná de Toledo, al burdo impostor. Curiosa paradoja que muestra que la literatura tiene poderes proféticos pues a Don Quijote le vino a salir otro sabio además de Cide Hamete, ahora disfrazado como Alisolán, *alter ego* de Avellaneda, y el cual será más “ignorante y hablador” que el mismísimo Cide Hamete. Es por

ello que Cervantes incorporó buena parte de las propuestas que Avellaneda vertió en el libro para moldearlas, rebatirlas y negarlas y, al mismo tiempo, demostrar no sólo su autoría sino la superioridad de su ingenio.

La alusión al *Quijote apócrifo* en la novela de Cervantes no aparece sino ya muy entrada la Segunda Parte de la novela que su autor había emprendido, al igual que Avellaneda, a partir de la sorprendente recepción que tuvo entre sus contemporáneos. Son varios los momentos en los que alude a él pero en el capítulo LXXIV Cervantes retomará su utilización de la primera persona para justificar su autoría y enarbolar un feroz ataque contra el usurpador:

Para mí sola [su pluma] nació don Quijote, y yo para él: él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido y tordellesco que se atrevió o se ha de atrever a escribir con pluma de avestruz grosera y mal desaliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros ni asunto de su resfriado ingenio...

Pero incluso antes de que apareciera la presencia de Avellaneda, en el capítulo XL, ocurre un fenómeno impresionante que permite que el primer y el segundo narrador que inician la novela, es decir, Miguel de Cervantes y Cide Hamete Benengeli, se unan en un pacto indisoluble de creación en donde es difícil establecer la línea de sombra entre uno y otro: “Real y verdaderamente todos los que gustan de semejantes historias como ésta deben mostrarse agradecidos a Cide Hamete, su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos semínimas della, sin dejar cosa, por menuda que fuese, que no la sacase distintamente...”

“Cervantes es indivisible de Benengeli”, dice Anthony Close. Añadiría algo más: es tan inaprensible como la propia Dulcinea. El principio y el final del *Quijote* se unen en esta frase que hermana a Don Quijote con Cide Hamete de manera inextricable: “Este fin tuvo el Ingenioso Hidalgo de La Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de La Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenerle por suyo...”•

HERNÁN LARA ZAVALA es narrador, ensayista, editor y profesor universitario. Sus publicaciones más recientes son *Rumbo a la historia* (La Centena, 2003) y *Cuentos jóvenes* (UNAM, 2004).